

## TRES ANIVERSARIOS ENCADENADOS: DE LA I A LA II GUERRA MUNDIAL... Y DE UNA «GUERRA FRÍA» A LA OTRA

*El año pasado se cumplieron dos aniversarios encadenados: el L del Tratado de Versalles y el XXX del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Este año se ha cumplido el XXV aniversario del final de esta conflagración. Paralelamente se fue modelando lo que ha venido en llamarse «guerra fría».*

*Este trabajo trata de hacer una somera interpretación de este álgido y triste periodo de la historia mundial.*

\* \* \*

De todas las guerras modernas, posiblemente ninguna haya sido más fatal y al mismo tiempo más evitable que la Segunda Guerra Mundial. A fines de 1933 Hitler había declarado que la guerra por Dantzig y el «corredor» polaco sería un crimen contra la humanidad. Seis años después, el propio Hitler consumaba el crimen. Las causas profundas, sin embargo, eran algo más que la cuestión polaca.

Hasta entonces, Alemania había conseguido triunfar por mera intimidación en puntos donde sus derechos eran menores o malos. Inicialmente, la política de Hitler sólo aspiraba a romper el dogal que el Tratado de Versalles había colocado a Alemania. Una tras otra, fue rompiendo las cláusulas y hasta tratados que resultaban de la nueva situación. Era obvio que las ambiciones nazis no se satisfarían avasallando el veredicto de 1919.

Si creemos a Goebbels, ministro de Propaganda del III Reich, el planteamiento real era muy distinto: «No comprende nada de política, es decir, de la historia del futuro, quien crea que el pretexto de las grandes catástrofes humanas y de las grandes transformaciones de los pueblos ha sido al mismo tiempo la causa verdadera (...); nadie puede creer que los problemas se hubieran resuelto si Polonia, en el verano de 1939, hubiese renunciado defi-

nitivamente a Dantzig y a su pasaje a través del «corredor». («Das Reich», 9/XI/1941).

Sólo hay que leer *Mein Kampf—Mi Lucha*, la biblia del Partido nacional-socialista—a tales propósitos: «Las fronteras del año 1914 no tienen valor alguno para el futuro de la nación alemana. No fueron una garantía en el pasado ni tampoco constituirán una fuerza para el porvenir (...). Nuestro objetivo de política exterior es asegurar el suelo que en el mundo le corresponde (...), dirigiremos la mirada hacia las tierras del este». Esas palabras invalidarían el denigrado *diktat* de Versalles.

*Mein Kampf* fue escrito por un desconocido llamado Adolfo Hitler, en prisión, viendo la luz en 1925. Jamás en la historia de la teoría ni de la ideología políticas habían coincidido tanto lo programado y lo realizado, si exceptuamos otra aberración contemporánea, cual es la teoría y práctica de *apartheid*, en Sudáfrica. Cuando en 1933 Hitler se hizo con el timón, acaso fuera Stalin el último que se tomó en serio lo programado. Las órdenes emanadas de la Comintern eran de una desfachatez masoquista. «El nazismo era algo increíble (...), ésta fue parte de su fuerza» (David Thomson).

El apetito de la política exterior hitleriana fue despertándose mientras comía. Aunque no tenía límites, parecía tenerlos, porque no pedía todos los platos a la vez, sino que se los servía—o se los hacía servir—uno después de otro. No se había reparado en el significado de la llegada de Hitler, el exótico; cuando se abrieron los ojos se vio un Frankenstein en marcha. Isaac Deutscher ha sabido reflejar el ambiente de postración y terror: «Cada uno de los futuros enemigos de Alemania fue desgarrado entre la ilusión de que la guerra podía evitarse y la conciencia de su inevitabilidad». Y agrega más adelante: «Cada uno de los futuros aliados sacrificó espacio para ganar tiempo, abandonando aliados y amigos, hasta el momento que no pudo vender más espacio para comprar tiempo».

*Mein Kampf* se leyó apresuradamente en todas las cancillerías. Si Hitler había ido ya tan lejos ¿por qué no podría ser verdad este párrafo?; «Todo Estado que, cerca de Alemania, tienda a convertirse en una nueva potencia militar, constituye un peligro para Alemania; esto nos da, no solamente derecho, sino también el deber de impedir por todos los medios, incluso por el de las armas, el nacimiento de este Estado, y de abatirlo si ha nacido».

Inglaterra y Francia, por fin, recordaron una receta de un clásico historiador alemán, llamado Leopold von Ranke: «No está en la naturaleza de las potencias predominantes ponerse límites a sí mismas; los límites tienen

que serles impuestos». Decidieron ponerla en práctica el 3 de septiembre de 1939. Veinte años antes, el 28 de junio de 1919, se había firmado el tratado de Versalles, que ponía fin a una guerra que debía ser «la última de las guerras». Aquella primera fecha supuso demasiado poco y demasiado tarde. La guerra tuvo que hacerse verdaderamente «mundial» para que las potencias del Eje fueran reducidas. La GM II no fue una «cruzada»; fue una guerra impuesta. Todo lo más, fue una cruzada sin cruz.

### EL TRATADO DE VERSALLES, ESE CULPABLE

El tratado—o el «dictado»—de Versalles, aceptado por una Alemania a la que no cabía otra opción, fue un mal compromiso entre el radicalismo de Clemenceau, «el Tigre», que habría hecho inoperante a Alemania indefinidamente, y los 14 puntos de Wilson, a los que Berlín se había acogido para el armisticio.

El tratado fue una mezcla de absurdos y de realidades manipulados por los intereses contrapuestos de los vencedores. La más necia de las cláusulas era la de declarar a Alemania culpable de la guerra, en lo que se cebaría la propaganda de Weimar y del Reich número 3. Las fabulosas reparaciones exigidas equivalían, por otra parte, a algo así como escribir una carta a los Reyes Magos pidiéndoles la luna. El absurdo se consumó cuando Estados Unidos se negó a ratificar el tratado y a entrar en la Sociedad de Naciones inventada por el propio Wilson. El aislacionismo republicano fraguaría; ni siquiera Roosevelt conseguiría quebrarlo.

La ocupación franco-belga del Ruhr, con apoyo italiano, en 1923, con objeto de forzar el pago de las reparaciones, fue visto con malos ojos por los ingleses, los cuales alentaron la resistencia pasiva. Sucesivos planes fueron reduciendo el monto de las reparaciones. A la larga, los préstamos americanos a Alemania fueron mayores que el conjunto de reparaciones pagadas, pero la mitología ya había surgido: las reparaciones eran la causa de la miseria de la nación alemana.

La propaganda nazi iba más allá que el repudio de Versalles. El enemigo estaba igualmente instalado en casa: era el que había asestado «la puñalada por la espalda», en 1918. Alemania no había sido vencida por los aliados, sino por la traición interior. Judíos, comunistas y revolucionarios afines eran

los culpables. Todo eso caía en el vacío, pero cuando en 1929 se derrumbó Wall Street, Alemania salió particularmente afectada. Fue un empujón decisivo que llevó a Hitler al poder.

Se ha dicho que el tratado de Versalles llevaba en sí la semilla de su propia destrucción. Eso es decir mucho y no decir nada. Algo semejante ocurre a los tratados fruto de una sonada derrota. Versalles fue injusto, pero Alemania vivía perfectamente en los años de prosperidad que llegaron hasta el fatídico 1929. La dureza de Brest-Litovsk contra los rusos, tan sólo medio año antes de que Alemania pidiera el armisticio, indica que sus propósitos no resaltaban por su suavidad. Si no hubiera «dureza» en los tratados, no habría diferencia entre vencedores y vencidos. Sería una invitación permanente a la revancha. Es, pues, un tanto perogrullesco hablar de carencia de validez «moral». Austria-Hungría y Turquía salieron peor de la prueba.

De todas formas, lo cierto es que la República de Weimar había ido erosionando algunas de las cláusulas, y sabía que el tiempo jugaba a su favor, a causa tanto de la capacidad de olvido de las democracias como de sus políticas no sincronizadas. La entente Briand-Stresemann benefició especialmente a Alemania. Stresemann había conseguido que su país ingresara en la S. de N. con un puesto permanente en su Consejo, así como suavizar el capítulo reparaciones y asegurar la evacuación de Renania.

De lo estipulado en Versalles, una cosa era cierta: tenía que hacerse cumplir, porque por sí sólo no se cumpliría. La política de los años veinte consistía en hacer aceptar por Alemania un sistema dirigido contra ella. ¿Podía mantenerse a Alemania en un estado de postración militar indefinidamente? El gran pecado de Alemania era constituir una impresionante masa de sesenta a ochenta millones de germanos en el centro de Europa y disponer de una economía poderosa, servida por una técnica de primera clase.

Sólo una Inglaterra y una Francia unidas, operando al unísono, podrían detenerla, y aun así actuando preventivamente, antes de que por cualquier consentimiento veleidoso se les fuese de las manos. Una cosa era dorar la píldora y otra hablar de desarme en términos de igualdad, a pesar de la paradójica situación de una Alemania virtualmente desarmada y de una Francia con un ejército más numeroso que antes de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la historia de las relaciones franco-británicas de 1919 a ¡1939! fue de mutuas zancadillas, más en dirección Londres-París que viceversa. La creencia en la tradicional balanza de poder era endémica en la mentalidad británica, ignorando que si los aliados habían vencido en 1918, se lo debían a

Estados Unidos. Inglaterra, empezando por el economista Keynes, buscó el rápido restablecimiento del vencido, quiso equilibrar el continente—uno más para ella—, actuando más en favor de Alemania que en contra de Francia, que venía a ser lo mismo. Sólo al final, la visión del desastre forjó la unidad; la unidad a tiempo lo habría evitado.

*El espejismo de la Sociedad de Naciones.*

Sin USA y sin URSS, la S. de N. nació con una cojera excesiva. Mussolini la definiría años después como «cincuenta naciones dirigidas por una». Le sobra razón. Esta organización mundial sería lo que Gran Bretaña quisiera que fuese. En dicho sentido, fue peor que una liga de vencedores: fue la de *un vencedor satisfecho*. Teóricamente, era el instrumento que debía dar seguridad, pero Francia vio rechazada la propuesta para la creación de una simple fuerza de policía internacional. La S. de N. fue una institución para navegar con buen tiempo; si alguien soplabla el agua, entonces Londres tenía la palabra. Y Londres no pasaba nunca de palabras.

Los intereses británicos se ubicaban por todo el mundo; los más inmediatos de Francia miraban al otro lado del Rin. Inglaterra se aseguró la incautación de la flota alemana (que se autohundió en Scapa Flow) y controló la construcción de la nueva; Francia pudo menos con las fuerzas armadas de Weimar, sobre todo cuando Alemania y Rusia, los dos grandes vencidos, se decidieron a entenderse, para mutuo beneficio, en Rapallo (1922).

La duda sistemática entre el principio de la seguridad colectiva (inherente en la S. de N.) y el de la seguridad individual (mediante tratados bilaterales) creó un clima de ambigüedad y vacilación que nunca se despejó. A falta de cambios radicales, Francia había optado por garantías militares. En Locarno (1925), se habían reconocido y garantizado las fronteras occidentales de Alemania, en ambas direcciones. Ello permitió la evacuación de Renania, con la condición de que los alemanes no podrían remilitarizar la orilla izquierda del Rin. Pero Inglaterra, que avalaba tal frontera, se negó a hacer lo propio con las del Este. Sólo Francia firmó tratados de asistencia mutua con Polonia y Checoslovaquia.

Esas vacilaciones, esas brechas, serían aprovechadas por un Hitler sin escrúpulos que había logrado el poder por factores eminentemente internos. Versalles le ofrecería la oportunidad para un programa completísimo que,

unido al milagroso pleno empleo, excitó las pasiones del pueblo alemán, el cual endosó las aventuras que su Führer proponía, que tan baratas le salían.

El primer torpedo de envergadura arrojado contra las pretensiones de la S. de N. fue la ocupación de Manchuria por los japoneses en 1931, para colmo, pocos meses antes de la conferencia del desarme. La impunidad fue total. Las reivindicaciones alemanas estaban infinitamente mejor basadas que las de Japón.

### *A río revuelto...*

La desintegración del Imperio austro-húngaro, el derrumbamiento del zarismo y la derrota de Alemania crearon en Europa una larga serie de Estados basados en el principio de las nacionalidades. La mayor parte de ellos albergaba fuertes minorías que, unido al estado de excitación que se vivía, suponían caballos de Troya en potencia que, llegado el momento, se activarían. Fue la puesta en la órbita de Estados soberanos una constelación de semi-inválidos a la greña.

El más obtuso y arrogante fue Polonia, resucitada, que, estructural e indiosincrásicamente retrógrada, no había olvidado nada y no había aprendido nada. Entre sus mediocres políticos, el más nefasto fue el coronel Beck, que llevó los asuntos exteriores en los años cruciales. Emparedada entre los colosos alemán y ruso, Polonia se comportó como si el momentáneo fuera de combate de sus abrumadores vecinos tuviera que ser eterno y no coyuntural.

Esos artillugios estatales (mejor que nacionales) a su vez se dividían en statuquistas y revisionistas, según fuesen entusiastas u hostiles a los tratados de París (Versalles, Trianon, Saint-Germain...). (La máxima víctima, que había sido el Imperio Otomano en Sévres, se convirtió en un statuquista en Lausana, tres años después; fue el único revisionista con éxito, pero se limitó a recuperar lo que era «Turquía», esencialmente). La palanqueta germana en manos de Hitler aprovecharía esas grietas para desencadenar diferencias abisales.

La situación era aún más compleja, pues un país vencedor pero frustrado en el reparto del botín, como Italia, era statuquista frente a Alemania y revisionista contra todo lo demás.

Mejor o peor, los Habsburgos habían provisto de una solución para Centroeuropa que no era rusa ni alemana. Lo ideal habría sido un acuerdo para

recomponerlo y hasta ensancharlo entre los Estados sucesores, pero se mostró imposible incluso allí donde la posibilidad era mayor. En 1919, no existía un sentimiento de solidaridad democrática, a diferencia del monárquico que había tras la caída de Napoleón un siglo atrás. La falta de raíces de los nuevos países les impidió resistir los avatares. Su tremendo dilema era cómo evitar la absorción por Alemania sin caer en manos de Rusia. Francia podía aportar la clave, pero se negó a utilizar el látigo para poner orden en tanto caos.

En 1920-1921 las satisfechas Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania formaban la sólida Pequeña Entente, orientada contra el revisionismo magiar, pero como Polonia no perdonaba que Checoslovaquia se hubiese apoderado de Teschen, nunca quiso ingresar en esa alianza militar, que quedó así incompleta en su punto más neurálgico. Peor aún, Polonia se orientaba hacia Hungría, con la que deseaba una frontera común a expensas de Checoslovaquia, en tanto que a ésta le hubiera agradado conectar directamente con la Unión Soviética, pero lo impedía el enlace de Polonia con Rumania. Estos factores fronterizos se demostrarían *fatales* en la crisis de 1938.

Las manipulaciones italianas en Albania provocaron por su lado la Entente Balcánica entre Grecia, Rumania, Yugoslavia y Turquía a comienzos de 1934. Meses antes, el monarca yugoslavo había sido asesinado en Marsella por croatas incitados por Roma.

Los tratados bilaterales de Francia con los países de Europa Oriental se revelaron—aunque no se concibieron—más como instrumentos de seguridad para Francia que como instrumentos de la política francesa que ésta tendría que garantizar. Francia vio en ellos un activo, no un pasivo. Pero cuando en 1929, en plena luna de miel franco-alemana, comenzó a construirse la «línea Maginot», Francia dio a entender más que implícitamente que no correría riesgos excesivos, es decir, que no saldría de su caparazón en socorro de terceros. La sangría de 1914-1918 pesaba lo suyo.

Con ello, la política militar a la defensiva estaba en total contradicción con sus obligaciones diplomáticas hacia sus pequeños aliados, situados al otro lado de Alemania. La línea Maginot dio paso a la «mentalidad Maginot», como el «espíritu de Ginebra» fue el gran camuflaje para la inactividad. Hitler aprovechó magistralmente y sin escrúpulo alguno estos planteamientos. Su único problema era dosificar adecuadamente sus irresistibles tentaciones para evitar un cortocircuito. No perdió tiempo en comenzar a «deshojar la alcahofa».

*Años macabros.*

El período que va de 1933 a 1939 es particularmente siniestro en la historia del hombre civilizado. La muerte del presidente Hindenburg acabó con el último control posible de Hitler, el cual, este mismo año, firmaba un tratado de no agresión con Polonia, por una duración de diez años, y comenzaron los coqueteos entre Berlín y Varsovia, que Francia consintió.

Sin embargo, Barthou, ministro de Asuntos Exteriores francés, se puso en movimiento para conseguir un «Locarno oriental», pero Polonia, apoyada por Alemania, bloqueó una inteligencia real entre Rusia y Francia. El enérgico Barthou fue asesinado. Laval prosiguió o, mejor dicho, sabotó su obra, aunque aparentemente ascendiese el pacto franco-soviético de no agresión de 1932 a otro de mutua asistencia, seguido de otro checo-soviético. Inglaterra, que había torpedeado el «Locarno oriental» en 1925, boicoteaba ahora el propuesto por Barthou, aunque en compensación declarase más tarde que «las fronteras de Inglaterra están en el Rhin».

Hitler comenzó pronto el rearme, pero hasta la primavera de 1936 dicho rearme «fue en gran parte un mito» (Burton H. Klein, *Germany's Economic Preparation for War*, 1959). En marzo, aprovechando la coyuntura del conflicto etíope, había procedido a la renilitarización de Renania. Fue probablemente la última vez que la aplicación de contramedidas habría evitado la guerra por aborto y acaso herido de muerte al nazismo. Pero el Gobierno francés, como criticó Reynaud, «se alegró de encontrar en la resistencia inglesa un pretexto para su debilidad». Alemania siempre sabía escoger bien el momento. A partir de ahora iría descaradamente de veras. El *lebensraum*, el espacio vital, no era una palabra inocua de la terminología nazi.

El rearme alemán constituyó un secreto a voces. El propio Hitler tendía a exagerarlo. El «cañones antes que mantequilla» de Goering sólo fue *slogan*, pues la verdad es que Alemania tuvo ambas cosas, porque forzó el pleno empleo, y tuvo pleno empleo porque fue el primer país capitalista en aplicar sin paliativos las teorías de Keynes. También fue el único país que tomó en serio las enseñanzas de algunos libros sobre arte militar, entre ellos uno de un desconocido coronel llamado Charles de Gaulle, titulado *Hacia un Ejército Profesional*, que revolucionaba el oficio de la guerra. En eso radicó el genio de Hitler, en sacar más producto, mucho más, de las mismas cosas, a veces sacudiendo la inerte rutina y sin recurrir a «siniestros».



Alemania nunca adujo necesidades económicas en sus exigencias. Se limitó a denunciar unas reparaciones que ya no pagaba, y que, por lo demás, habían sido oficialmente suprimidas en 1932. Las posibilidades de la Conferencia Económica de Londres de junio de 1933 fueron truncadas de antemano por las exigencias del nacionalismo monetario americano. Esto proporcionó a Hitler razones para su política de autarquía, rompiendo más lazos umbilicales con el mundo capitalista.

Francia hubiera podido impedir el rearme en las primeras etapas, apenas sin riesgo, hasta 1937, pero ni lo hizo ni impuso condiciones a cambio. La protesta protocolaria era la queja ante la S. de N., como si ésta fuese un *tótem* y Hitler conociese tabúes. Era la respuesta sistemática a las sorpresas nazis, que todo lo más se acompañaban de cierta movilización militar. Resuelta la crisis de turno en su favor, el Führer prometía que era la última y que no tenía más que pedir.

«El llamado período de sorpresas ahora ha pasado», afirmaba Hitler a principios de 1937. A efectos externos, fue el año más tranquilo de la dictadura nazi. Sólo que preparó las directrices para 1938 y siguientes. El «Memorándum Hossbach», fruto de la reunión del Führer-canciller con los altos jefes militares y diplomáticos, comunicándoles aspectos de sus propósitos estratégicos, data de noviembre de 1937 (aunque sea «peligroso deducir intenciones políticas de planes militares»). En febrero siguiente, el conservador Von Neurath era sustituido por el fanático y devoto nazi Von Ribbentrop en el ministerio de Asuntos Exteriores: al mismo tiempo, había cambios en la cabeza de la *Wehrmacht*. Fue también 1937 el año en que Japón comenzó la guerra contra China.

Bélgica, vista la inoperancia anglofrancesa, declaró su neutralidad en el mismo 1937, creyendo que con ello se pondría a salvo de la tormenta que se avecinaba. Lo malo del caso era que la «línea Maginot» sólo cubría de la frontera suiza a la belga. No se había proseguido hasta el mar, para no molestar a Bélgica, entre otras razones. Y por Bélgica, no por la Maginot, se precipitaría la catástrofe de 1940. (La «línea Maginot» ni siquiera serviría para su función de *escapismo*, pues las fuerzas móviles acudieron en defensa de la Bélgica violada). Tras la reocupación de Renania, los alemanes habían construido una contra-Maginot, la «línea Sigfrido», mucho más somera, pero que tenía la virtud de llegar hasta el mar del Norte.

La situación política-social en Francia se desenvolvía en el semicaos. Y, mientras, en el Reino Unido, la opinión pública y quienes la manejaban esta-

ban absortos en la historieta de Eduardo VIII y su amor inortodoxo. Los camaradas del Frente Popular de París dependían en sus decisiones de los *gentlemen* del hongo de Londres. Y la City era germanófila, aunque no con tanta pasión como era antibolchevique.

*Pacifismo* y *apaciguamiento* eran las palabras populares de la época, aunque el pacifismo no fuese más que una especie de indolencia adulterada y el apaciguamiento un capote rojo para jalearse al toro germano. Y a pesar de todo, había conciencia del peligro alemán, al que se unieron el italiano y el japonés. Pero también había mala conciencia de Versalles. Hitler conseguía por el *fait accompli* o por el chantaje machísimo más de lo que se había negado a Weimar por la negociación.

En vísperas de la batalla de Francia, el veterano Lloyd George leyó la cartilla a Chamberlain, el gran responsable británico del grado de desequilibrio a que se había llegado, pidiendo su dimisión en los Comunes: «Se nos prometió el rearme en 1935, y en 1936 fueron presentadas proposiciones en tal sentido ante la Cámara. Todos sabíamos que lo que se hizo fue hecho de mala gana, sin efectividad, sin empuje y sin inteligencia».

Hay que añadir que toda esa política de abdicación era recibida con frenético aplauso general: un signo de los tiempos. Si las consecuencias no hubieran sido tan trágicas, la historia de esos años truculentos podrían suministrar el argumento para un sainete kafkiano.

### *Cuando el Duce se enfada.*

Con todo su fascismo, toda su aparatosidad y todo su teatro, Mussolini no caía mal por la Europa burguesa. Mussolini se reía de Hitler. Peor aún que un mal plagio, lo creía un «payaso». Italia no deseaba por nada del mundo que la frontera de Alemania se corriera hasta los Alpes, realizando el *Anschluss*. «Nadie quiere a Alemania por vecino», comentaba su frívolo yerno, premiado con el ministerio de Asuntos Exteriores.

Cuando en julio de 1934 unos nazis austríacos asesinaron al menudo canciller Dollfuss, el Duce automáticamente envió dos divisiones al Brennero, paralizando cualquier intención alemana, tomando a Austria bajo su protección. Italia fue el único país que hizo un gesto firme. El papel de Mussolini subió internacionalmente.

En abril del año siguiente se reunieron italianos, franceses e ingleses en Stresa para diseñar una política de contención de los teutones. «Il Popolo

d'Italia» calificó el encuentro de «última retirada de la abulia frente a las realidades», a pesar de que Hitler apenas se había «estrenado». Mussolini que se acompañaba siempre de un mapa con las reivindicaciones del Reich, presionó para delimitar todos los casos posibles de agresión alemana y definir las consiguientes réplicas. Inglaterra, fiel a su papel, derivó una vez más. Con todo, del «frente de Stresa» salió cierta unidad de propósitos.

Pero todo se fue a pique cuando Italia atacó a Abisinia en octubre. Inglaterra movilizó todo el aparato de la S. de N. Se señalaron «sanciones» contra Italia... exceptuándose el petróleo. Los países más ligados a Italia, Suiza incluida, no tomaron parte en esa política de sanciones. Alemania aprovechó la ocasión y sustituyó a Inglaterra como proveedor de carbón para Italia. En Londres, se era más sensible por las fuentes del Nilo que por las del Vístula, al contrario de Francia. La *Home Fleet* reforzó la escuadra del Mediterráneo. Mientras en Ginebra se gesticulaba oficialmente, los ministros del exterior francés y británico negociaban bajo mano un arreglo de Abisinia, que dejaría cierto territorio bajo la soberanía del Negus. La proposición transaccional Hoare-Laval se filtró por la prensa y estalló el escándalo. Sólo el escándalo. La indignación no pasó de «moral». Hoare tuvo que dimitir; Laval prosiguió su carrera.

La indignación «moral» permitió a Mussolini devorar toda Abisinia. En mayo de 1936 caía Addis Abeba. Víctor Manuel ya era emperador de Etiopía. Dos meses después eran levantadas las «sanciones» a Italia. Los lazos de simpatía entre Italia y Alemania habían crecido durante el conflicto. Claro está que en Roma se ignoraba que Berlín había hecho llegar algunas armas al Negus.

### *El episodio de la guerra de España.*

Quizá la cosa habría podido recomponerse si en julio de 1936 no hubiese estallado la guerra civil española. Esta, para el caso, debemos interpretarla desde el ángulo *exclusivamente* internacional, es decir, inserta en el gran juego de las potencias. En tal sentido, el conflicto español fue el fiel reflejo de una época de equívocos y de fríos experimentos de laboratorios en las cancillerías, mientras que en la opinión pública y en el campo de batalla fue la última de las guerras románticas.

Lo que interesa subrayar aquí es que el 18 de julio español pilló por sor-

presa a Hitler, Stalin y, aunque tal vez menos, a Mussolini. La guerra que siguió causó reacciones internacionales improvisadas. Italia se lanzó la primera. Hitler vio la ocasión dorada para que Italia no regresara al redil de Stresa, que la hubiera reclasificado en el frente antigermánico. Además, localizando la atención del mundo en un teatro periférico, él prepararía aventuras en Europa Central. Por tanto, el interés de Alemania era prolongar el conflicto lo más posible, contrariamente al de Italia, puesto que su prolongación le imposibilitaba tener las manos libres para otros quehaceres diplomáticos de más envergadura.

Alemania envió a España técnicos y fuerzas de *élite* en continua rotación; Italia, divisiones completas. Guadalajara calmó los ánimos italianos, pero la batalla fue de una gran significación, ya que los escépticos estados mayores comprometidos en el futuro conflicto descartaron la *blitzkrieg* como una quimera. Es decir, todos los estados mayores menos el alemán, que siguió adelante en sus planes, pensando en que al fin y al cabo Guadalajara era «cosa de italianos».

Las brigadas internacionales llegaron a tiempo de evitar la caída de Madrid. Entonces, Roma y Berlín reconocieron simultáneamente al régimen de Franco. Fue una de tantas acciones comunes en la guerra española, en cuya política, si bien por motivos a veces divergentes, coincidían. Cuando en agosto dieron comienzo las «purgas» en la URSS, Stalin acababa de ausentarse al Cáucaso. Fue en dicho mes cuando Moscú decidió intervenir en España, y es posible que la decisión la tomase el Comité Central del PCUS sin el previo conocimiento o, por lo menos, confirmación del amo del Kremlin. Luego Stalin toreó la papeleta, maniobrando con vistas a la posibilidad de un choque entre las potencias totalitarias blancas y las democracias, sin que él se lastimara los dedos o, en todo caso, se los lastimase solo. Esa fue su técnica.

La misión del PC español, debidamente asesorado (léase suplantado) por la Comintern, fue la de hacer respetable la causa republicana para no asustar a las democracias, aniquilando las pretensiones revolucionarias allí donde las había, aunque ello significara la «guerra civil dentro de la guerra civil». Así, España fue un apéndice de la lucha ideológica que tenía lugar en la Unión Soviética. (Es sintomático que los rusos que pasaron por España fueron purgados virtualmente en su totalidad, en tanto que los cuadros burocráticos y militares que no salieron del paraíso del proletariado lo fueron del orden del 60 al 80 por 100. La diferencia del porcentaje probablemente no se debe al puro azar).

Pronto advirtió Stalin que por España no podía desencadenarse el conflicto buscado, por lo que decidió jugar al paio, como los alemanes, es decir, a la comedia de la «no intervención» inventada por los ingleses y seguida de mala gana por los franceses.

La preocupación británica no era el cambio que pudiera desarrollarse al Sur de la frontera pirenaica, sino que los italianos pudieran quedarse en las Baleares al término de la guerra. El Mediterráneo no debía sufrir modificaciones. Con esa finalidad se firmó un «Gentlemen's Agreement» en enero de 1937, luego complementado en abril de 1938. Italia se hacía reconocer paridad de derechos en el «Mare Nostrum». Es paradójico que este acercamiento anglo-italiano coincidiera con un distanciamiento franco-italiano, una situación inversa a la de un año antes, cuando la guerra de Abisinia. Si Italia evacuó las Baleares al término de la guerra se debió más a Franco que al «Acuerdo de Caballeros». En realidad, fue Inglaterra la que salió ganando algo concreto del desbarajuste, pues aprovechó la coyuntura bélica para construir el aeropuerto de Gibraltar en la *zona neutral*, que tan inestimables servicios le prestaría en el curso de la G. M. II.

Que el conflicto español era totalmente marginal para los intereses alemanes lo demuestra el que Hitler no dudase en desencadenar en plena guerra la crisis de Checoslovaquia, la cual, dada la geopolítica, de haber estallado, habría cortado la ayuda germana a los españoles del lado nacional. Aunque oficialmente el Gobierno de Burgos prometió mantener a prudente distancia de los Pirineos a la Legión Cóndor en caso de conflicto europeo, parece ser que se aseguró a París que los alemanes combatientes con los nacionales serían internados por estos en caso de guerra europea.

El «resistir es vencer» de Negrín era una esperanza fundada, la de empalmar el conflicto español con otro generalizado. La ocasión pasó en Munich. Por eso los comunistas—la Comintern, es decir, el Kremlin, Stalin—no tenían ningún interés en no dejarse desplazar por el coronel Casado cuando en marzo de 1939 se abrían nuevas perspectivas para la gran política. Días antes, París y Londres habían reconocido *de jure* a Franco. El especialista Pierre Renouvin, ponderando todo el contexto internacional, cree que es exagerado afirmar que la guerra española fue «un prelude de la guerra europea». Por su parte, el antifascista A. J. P. Taylor subraya que «ante la sorpresa de todos, su victoria [de los 'rebeldes'] no afectó el equilibrio general en Europa». Sin embargo, es cierto que los que se enfrentaron en ella se enfrentaron en la guerra que vino después.

El éxito del general Franco no se debe, como dice Raymon Carr, a que hubiera recibido más armas, sino a que las recibiera con regularidad. Añadiríamos: sin el chantaje que sufrían los republicanos, que las recibían preferentemente de Rusia, la cual veía el conflicto desde su propio prisma, y sin la irregularidad de la espita de la frontera francesa.

Asépticamente considerado, la victoria de Franco fue una bofetada más a las democracias, pero por ironías de la historia su triunfo permitió mantener neutral a España en la guerra mundial, neutralidad que *en ningún otro caso* se habría podido sostener. Y es sabido cómo la neutralidad española fue uno de los peores contratiempos sufridos por la estrategia hitleriana. Cuando Berlín se dio cuenta del juego de El Pardo, era ya tarde para reaccionar sin consecuencias mayores.

*Munich: la paz con deshonor.*

Efectivamente, el conflicto español ató de pies y manos a Mussolini, sumergiéndolo en la política alemana. En marzo de 1938 tuvo lugar el *Anschluss*. El Duce lo declaró «fatalidad histórica»; su misión no era la de montar guardia en el Brennero. Hitler le quedó eternamente reconocido y se lo demostró años después a través de Otto Skorzeny. Londres y París ni siquiera se tomaron la molestia de protestar airadamente. En 1931, habían vetado la unión aduanera austro-alemana, que habría aliviado la situación económica austríaca y apuntalado su democracia.

Como ha dicho el historiador A. J. P. Taylor, Austria era más fiel a sus recuerdos históricos que a su contexto territorial. «La 'Austria' democrática carecía de realidad. Los demócratas no eran 'austríacos'; los 'austríacos' no eran demócratas». «Ambos lucharon hasta quedar exhaustos. A la larga, el nacionalismo germano pesó más que el nacionalismo 'austríaco'».

Con el *Anschluss*, el sueño de los liberales alemanes del siglo pasado para una «Gran Alemania» quedaba realizado. Hitler, un austríaco, había llevado a cabo lo que Bismarck había evitado en lo posible. Hitler, históricamente, se mostraba un «revolucionario».

La anexión de Austria por Alemania no sólo envolvió las fronteras checas por el Sur, sino que dio a Alemania fronteras comunes con Italia, Hungría y Yugoslavia. Esta última, temerosa, había firmado un tratado de amistad con Italia, medio año después del asesinato de su monarca.

Si la gran crisis económica había hecho depender más del Reich a la Europa situada entre él y Rusia, el nuevo planteamiento geopolítico acentuaba la agudez de la situación. El problema-pretexto lo facilitaban las minorías cuando no el puro revisionismo. «Italia y Hungría se convirtieron en los chales de Alemania». Los eslovacos y los croatas, católicos en Estados unitarios que no lo eran, se comportaron como agentes activos de los propósitos disruptivos alemanes, aunque más adelante Hitler manejara a Eslovaquia y Rumania contra Hungría.

Poco importaba que Alemania tuviera sus propias minorías. Sus empeños se fijaron en la «liberación» de los tres millones de germanos sudetes, situados en la periferia de Checoslovaquia, los cuales, tras el *Anschluss*, comenzaron a pedir autonomía para poco después pedir la separación, es decir, la anexión a Alemania. Era en vano que los sudetes fueran una de las minorías mejor tratadas de Europa. Hitler clamó justicia, autodeterminación. Era en vano que los germanos del Tirol italiano fueran la minoría peor tratada de Europa. Hitler guardó silencio y se alió con Mussolini. Entre tanto, las leyes de Nuremberg contra los judíos tañían con virulencia.

Aunque Gran Bretaña no tenía ninguna alianza con Checoslovaquia, Francia consintió de buen grado, una vez más, en que se hiciera su política desde el Támesis. En algunos casos, las proposiciones británicas llegaron a anticiparse a las demandas de Hitler. El objeto íntimo de la misión Ruciman era conseguir que los checos consintieran su propia destrucción, que pareciera que partían de ellos mismos las concesiones.

El ingenuo Henderson, embajador británico en Berlín, influyó nefastamente con sus informes: «Hitler no quería la guerra; las demandas alemanas eran moralmente justificadas». Hitler llegó hasta pasar por «moderado», cuando se dignó aplazar el ultimátum de la invasión por veinticuatro horas. La reputación es lo que importaba a los británicos, es decir, las apariencias. Las apariencias se cumplieron. Francia había movilizado un millón de reservistas. «Los ingleses lucharán hasta el último francés» decía con sorna Mussolini. Pero Francia cuidó también sus apariencias: puesto que los checoslovacos no pidieron ayuda ni resistieron, no había por qué llevar las cosas más lejos. El honor de Francia y de Inglaterra quedaban a salvo, aunque el inglés se resintió algo, porque el Führer obligó a hacer antecámara al primer ministro de Su Graciosa Majestad.

El «hombre del paraguas» fue acogido con delirio a su regreso; la Cámara de los Comunes lo aclamó con un histerismo inédito. «Es la paz de nuestro

tiempo, mis queridos amigos. Y ahora os recomiendo que os vayáis a dormir tranquilamente a vuestras casas». Su colega Daladier recibió casi pareja acogida, pero estaba menos ufano. Desde el ostracismo, el indómito Churchill rugía: «Habéis aceptado el deshonor para evitar la guerra. Ya tenéis el deshonor; pero también tendréis la guerra, a pesar de todo». Y, cómo no, Hitler decía haber formulado su «última petición; ahora estoy satisfecho y no pediré nunca más».

A los checoslovacos no se les invitó a Munich. El 1 de octubre las tropas alemanas ocupaban la tajada adjudicada. Bajo su control, quedaban ahora centenares de miles de checos. En Munich colapsaron la seguridad colectiva y el sistema de tratados bilaterales. «La seguridad colectiva para los checos había sido reemplazada por el chantaje colectivo para preservar la paz». Muchos países de Europa recogieron el mensaje.

Es cierto que Munich proporcionó un respiro para el rearme de las democracias. Inglaterra estaba autosugestionada por la *Luftwaffe*, que era superior a la aviación anglo-franco-checa combinadas. Las defensas de Londres sólo disponían de una batería antiaérea. Pero el saldo negativo fue catastrófico. Un magnífico ejército de treinta divisiones, protegido por unas poderosas defensas montañosas acondicionadas, se perdió. Todavía fue peor el desbarajuste que el complejo de Munich acarreó en las relaciones internacionales. «Si tenemos que luchar será por cuestiones más grandes que éstas», había apuntado el campeón del apaciguamiento, Chamberlain. Tampoco cabe excluir la hipótesis de un levantamiento de los generales contra Hitler, si Checoslovaquia se hubiese mostrado un hueso demasiado duro de roer, socorrida por una ofensiva francesa y posiblemente también rusa. Ahora, los países danubianos y balcánicos ya no podían desconocer su destino. Su problemática era cómo zafarse de él. Ninguna de todas esas consecuencias negativas, si hacemos caso de los documentos publicados, se consideraron a fondo.

Y, con todo, el aspecto más grave, «el aspecto histórico de Munich», lo comentó el «Hamburger Fremdenblatt»: «Alemania ha conseguido eliminar la Rusia soviética del concierto de las grandes potencias».

*Praga: el error más colosal.*

Recién firmado lo de Munich, Hitler hizo partícipe al Duce su intención de terminar con lo que quedada del Estado *checo-eslovaco*. Inglaterra había



garantizado las nuevas fronteras y a lo mismo se comprometieron los alemanes, que no llegaron a cumplir. Sí, en cambio, atizaron el fuego, y el factor eslovaco entró en su juego. Alemania empujó las cosas y cuando llegó el momento álgido amenazó al presidente checo, Hacha, de visita en Berlín, con un bombardeo terrorista de Praga. Se trataba de que cediera, concediendo la independencia a Eslovaquia. Además de ésta, la tomó también Ucrania subcarpática el 14 de marzo de 1939. Alemania había actuado de catalizador; ahora rellenaría el vacío de poder en un área estratégica que incluía también las fábricas Skoda de armamentos. En efecto, al día siguiente, la cruz gamada entraba en Praga al paso de la oca. Hitler proclamaba el protectorado alemán en Bohemia y Moravia. (Es sabido que los alemanes ocuparon el distrito de Moravska-Ostrava, en Rutenia, mucho antes de que sus tropas atravesasen las fronteras checas). Lituania se apresuraba a ceder Memel al Reich.

Esta vez Chamberlain hizo uso del humor negro: no tenían que aplicarse garantías a un Estado que había dejado de existir. La interpretación del *rebus sic stantibus* hacía el resto. El derecho internacional tenía la manga ancha, incluso más que Chamberlain. No fue éste quien más se indignó, sino la opinión pública británica.

La desintegración y ocupación de Checoslovaquia sucedía menos de medio año después de Munich. Puso de relieve que el *slogan* de una sola bandera para el disperso pueblo germano también era un pretexto, pues ahora también cobijaba contra su voluntad pueblos no pertenecientes al selecto arianismo.

Munich fue el más colosal de los éxitos de Hitler; Praga fue el más colosal de sus errores en tiempos de paz. Praga provocó una verdadera conmoción en la isla y en el mundo. Por primera vez en su historia, el Reino Unido establecería el servicio militar obligatorio en tiempos de paz. Si hasta ahora Londres había sido un freno para París, en adelante sería su espuela.

De haber sido consecuentes con Munich, ambas democracias se habrían lavado las manos de las nuevas aventuras de Hitler hacia el Este con la esperanza de que terminaría chocando con la Rusia de Stalin, ganando así tiempo para su rearme. Hitler, más que implícitamente, ya había reclamado manos libres en el Este; y más explícitamente había señalado que «la Europa Central es una región donde las potencias occidentales no tienen nada que hacer».

Italia, para no ser menos, tenía que hacer algo. El 1 de abril terminaba la guerra de España. El Duce comunicaba la buena nueva a la multitud. Señalando un mapa de la Península Ibérica, dijo, todo solemne: «Ha estado abier-

to por aquí durante casi tres años. Y eso es bastante. Pero yo ya sé que debe abrirse por otra página». Una semana después, las tropas fascistas plantaban su bandera al otro lado del Adriático. Víctor Manuel también era rey de Albania. Los Balcanes quedaban así amenazados directamente.

Entre tanto, Hitler había presentado unas demandas a Polonia. Y naturalmente en Dantzig comenzaron manifestaciones pidiendo la anexión a Alemania. Iba a abrirse otra página con la que Mussolini no contaba.

Roosevelt envió una lista de treinta países a los dos «supermen» pidiéndoles que se comprometieran a no atacarlos durante diez años. En Berlín y Roma hubieron sonrisas piadosas. ¡Esas plutocracias decadentes! El clima de aislacionismo fanático y la «Neutrality Act» imperantes en USA no eran para menos. Washington se preocupaba por el «hemisferio», desde luego.

*La hoja «Polonia» de la alcuchofa.*

El K. O. de Rusia y Alemania no podía persistir indefinidamente. Como dice Galo Mann, era del todo imposible para Polonia emerger sin daño de la crisis de los años treinta, cualquiera que hubiera sido su comportamiento. Sólo podía aspirar a jugar bien las cartas. Pero Polonia, con su actitud engallada, contribuyó poderosamente a su propia destrucción. Su irresponsable política de *grandeur* (¡incluso pretendió un imperio colonial!) rayó en la locura.

La Polonia que había ocupado la lituana Vilna jamás perdonó la anexión de Teschen por Checoslovaquia, negándose a participar en la Pequeña Entente. Pensaba que Checoslovaquia debía romper su alianza con Rusia y reconocer la preponderancia polaca, o que USA debería persuadir a Inglaterra y Francia para que Polonia consiguiera fronteras comunes con Hungría...

Aprovechando la ocasión de Munich, Polonia cometió la insigne torpeza de reanexionar Teschen, con el consiguiente regocijo de Berlín y la desaprobación de París y Londres. Esta villana acción habría podido servir de motivo o de pretexto para que ambas capitales hubieran sido definitivamente consecuentes con su política, desentendiéndose de sus compromisos en el Este. Los polacos fueron incapaces de comprender que era absolutamente contrario a sus intereses la destrucción de Checoslovaquia, puesto que sus fronteras con Alemania, ya excesivamente extendidas, quedaban envueltas ahora por el sur,

de la misma manera que la anexión de Austria había estrechado el cerco a Checoslovaquia al desbordarla por el sur.

En Munich, Hitler no consintió que Hungría llevase su frontera hasta la polaca, causando cierto resquemor en Varsovia. Hubo que esperar a la desintegración del Estado checoslovaco para que ocurriese, con la absorción de la Ucrania subcarpática (Rutenia).

El tratado germano-polaco de no agresión databa de 1934 y era por diez años. Después de Munich Alemania había propuesto a Polonia una conquista común de Ucrania, tan grata a la historia de Polonia, pero Varsovia, temerosa, se negó. Inmediatamente después de la ocupación de Praga, Alemania planteó rudamente sus reivindicaciones sobre Dantzig y el «corredor», que ya había insinuado meses antes. Además, Polonia tendría que ajustar su política a la del Reich.

Es entonces, el último día de marzo, cuando Chamberlain declara ante los Comunes que Gran Bretaña garantiza las fronteras de Polonia si ésta está dispuesta a defenderlas, sin más condiciones. Hasta los polacos son sorprendidos por lo tajante de la declaración. Siguió la anexión de Albania, que alteraba el *statu quo* acordado en el Mediterráneo. Las garantías, siempre reafirmadas por Francia, se extendieron a Grecia, Rumania y Turquía. Implícitamente se hacía constar que amparaban también a Holanda, Suiza y Dinamarca.

La modalidad de las garantías ofrecidas a Polonia constituía una verdadera revolución de la diplomacia británica. Fue el *alea jacta est*. Cada adversario creía en el *bluff* del otro. No debía caber en la cabeza del Führer que Dantzig, que era una ciudad alemana, pudiera provocar la erupción que no había provocado el estratégico «cuadrilátero de Bohemia», con Praga dentro, que no lo eran. Como ha dicho el eminente historiador Sir Lewis Namier, está por ver «cuál habría sido la reacción de los 'hombres de Munich', si en lugar de ocurrírsele hacerse primero con Praga, Hitler se hubiese empeñado por Dantzig». En efecto, Lord Halifax, secretario del Foreign Office, llegó a pensar en la posibilidad de un segundo Munich.

Cuatro días antes del comienzo de las hostilidades Hitler se dirigió al jefe de Gobierno francés por carta autógrafa, preguntándole cuál sería su reacción si Dantzig fuese Marsella, y se actuara sistemáticamente contra la población y los intereses franceses. Era exagerado. André Maurois respondió indicando que Marsella no se encontraba en la desembocadura de un gran río, ni que fuese única salida al mar de un gran país, ni que el «corredor» que conducía

a él estuviera habitado mayoritariamente por no franceses, ni que Daladier hubiese dicho, como Hitler cinco años antes, que la situación era de hecho aceptable.

A finales de abril, Hitler denunciaba el tratado germano-polaco (y de paso el acuerdo naval con Inglaterra). Las garantías dadas a Polonia equivalían a un cheque en blanco, pues serían los polacos, y *exclusivamente* ellos, quienes determinarían la ocasión de aplicarla.

Cinco años antes Polonia había rechazado un «Locarno oriental», con una Inglaterra que no quería saber nada de ello; ahora sería Inglaterra la que intentaría la hazaña con Francia a remolque. Esta firmaba una convención militar con Polonia a mediados de mayo. Pocos días después, el 22, Berlín y Roma firmaban el pomposo «Pacto de Acero».

El cheque en blanco a Polonia fue catastrófico para Francia, ya que sería la que tendría que dar la cara en caso de conflicto, pues Inglaterra no podía improvisar un ejército. La única solución era introducir en el juego a la Unión Soviética. Era un imperativo geográfico. Sin ello no había posibilidad alguna de socorrer eficazmente a Polonia... a no ser desencadenando una impetuosa ofensiva por el Oeste. Los polacos se opusieron a esta apertura. «Alemania nos robará el cuerpo, pero Rusia nos robará el alma», decían. En realidad, debían también temer por el «cuerpo» no polaco ganado a Rusia en la guerra de 1920. Con este planteamiento, intentar una solución era pretender la cuadratura del círculo.

### *El descubrimiento de Rusia.*

En la primavera de 1939 Inglaterra decidió que Rusia existía. Daba la casualidad de que los dos primeros planes quinquenales habían hecho del misterioso país la segunda potencia industrial del mundo. Los ingleses, llevando de la mano a los franceses, decidieron actuar *casi* en consecuencia. Berlín operaba a ritmo infernal. Moscú tenía conciencia de que se jugaba contra reloj. Los ingleses eran de la opinión de que podía guardarse la flema. Y la flema suele entrañar lentitud.

El mundo capitalista, no habiendo podido hacer triunfar la contrarrevolución, quiso yugular (o por lo menos evitar el contagio) el bolchevismo con el establecimiento de un «cordón sanitario» que excluyera Rusia de Europa. Lo consiguió. Pero también consiguió excluir Europa de Rusia. La política

soviética, con sus amenazas internacionales y con «la escena de las orgías de pesadilla orwelliana del totalitarismo moderno» bajo Stalin, contribuyeron a alimentar la propaganda antisoviética. Japón y Alemania comenzaron a entenderse precisamente a través de un «Pacto Anticomintern».

Con el triunfo del nacionalsocialismo, la entente entre las fuerzas armadas alemanas y soviéticas, a iniciativa de Hitler, fue extinguiéndose. Rapallo se quedaría en un recuerdo... y en un cercano precedente, no único en la historia de ambas potencias. El vapulteo *diktat* de Versalles se sacralizaría a la soviética. Se imponía un acercamiento con las democracias occidentales (se omitía «burguesas»). Dejó de hablarse indiscriminadamente de guerras «imperialistas». El III Reich se retiró de la S. de N.; la URSS ingresó en ella, un modo de decir que internacionalmente entraba en sociedad. El occidentalista Litvinov llevaba los Asuntos Exteriores. Se hizo el campeón de la «seguridad colectiva» como antes lo fue del desarme. En 1935, con Dimitrov al frente de la III Internacional, se inauguró la política de «frentes populares» y la colaboración con las fuerzas y partidos burgueses antifascistas.

Se confirmaban las palabras de Stalin, pronunciadas años antes en el XVI Congreso del PCUS, y que constituirían el pivote de su política exterior hasta el año de desgracia de 1939: «Nosotros no deseamos ni un solo palmo de territorio extranjero, pero no abandonaremos ni una sola pulgada del nuestro».

Vimos la vacilante conducta rusa en la guerra de España, cuyo comienzo casi coincidió con el de las grandes depuraciones. La eliminación de la flor y nata de la oficialidad y de los altos mandos de sus fuerzas armadas causó un especial impacto en las democracias, induciéndoles a subestimar lógicamente la eficacia del decapitado Ejército Rojo. Había sido el prestigioso mariscal Tujachevski quien, a principios de 1936, en un resonante discurso, había advertido el sistema hitleriano de la guerra de movimiento; su liquidación puso de relieve que Stalin estaba más interesado en asegurar su propio poder que en cuidar la eficacia militar soviética, haciendo en todo caso contradictorias sus políticas exterior e interior.

A pesar de que por 1937 la potencia militar del Reich era ya tal que no podía pensarse en su aniquilamiento sin el concurso soviético, éste fue dejado al margen, *excluido* de la decisión de Munich, en otoño de 1938. Con todas las dudas de Occidente respecto a Stalin, más debían ser las de éste respecto a las democracias. La intencionalidad del pacto de no agresión firmado con

Francia en 1932, pese a los esfuerzos del furibundo antifascista Barthou, había derivado en una hueca alianza con Laval. Para colmo, su ratificación por el Parlamento francés suministró el pretexto a Hitler para remilitarizar Renania en marzo de 1936, sin reacción francesa. ¿Qué podía esperar Moscú de la alianza francesa si Hitler empujaba hacia el Este cuando París era incapaz de defender sus intereses más inmediatos? Así, la ambigüedad de los occidentales chocaba con el realismo (surrealismo, si tenemos en cuenta los horrores internos) de la Unión Soviética.

El tratado de asistencia mutua franco-soviético nunca se formalizó con una convención militar ni con cláusulas militares. Había igualmente un tratado franco-checo y otro ruso-checo. El último establecía claramente que sólo entraría en vigor *después* de que lo hicieran aquél. Bajo el *shock* del *Anschluss*, Litvinov propuso que su país, Inglaterra, Francia y EE. UU. se unieran para una acción común contra la agresión, particularmente en Europa central. A Alemania, Italia y Japón, no se les invitó, porque «no deseamos discutir agresión con agresores». La propuesta no encontró eco.

Llegada la crisis de los sudetes, Checoslovaquia no invocó su tratado con Rusia, pero ésta presionó sobre Francia para hacer algo, de la misma forma que Inglaterra se anticipaba a Francia para no hacer nada. Todas las apariencias mostraban que la URSS quería intervenir, topando con Rumania y Polonia, que impedían el paso de las tropas rojas por su territorio. Por lo visto, el Alto Mando alemán llegó a la conclusión de que Rusia no tenía posibilidades logísticas efectivas para desplazar con tiempo sus fuerzas en el posible y estrecho frente subcarpático. En todo caso, era a París y Londres a quienes incumbía forzar a Varsovia y Bucarest para permitir el paso de los soviéticos por sus territorios, lo que no hicieron.

Las hostilidades, de haberse roto, habrían comprometido ante todo al Ejército francés. ¿Y si el soviético no acudía a la cita?

No hay que descartar que durante el fatídico verano empezaron a desarrollarse serios combates en Extremo Oriente, provocados por los japoneses. Es posible que Stalin temiera una guerra en dos frentes. Hitler debió temer algo parecido durante la crisis checoslovaca. Puesto que a ninguno de los dos les convenía los temidos dos frentes, aguaron algo la exteriorización de sus diferencias.

Medio año después, la desintegración de Checoslovaquia llevó al descubrimiento de que Rusia tenía la clave del equilibrio europeo. A ésta, por su parte, bien le cabía interpretar lo de Munich como un modo de enfrentar el

Reich con ella en un futuro mano a mano. Al fin y al cabo se decía que el fortalecimiento de Alemania era la mejor protección contra el bolchevismo. Stalin debió de comenzar a cavilar en la posibilidad de un «Munich a la inversa», si la ocasión se presentaba. Tras Munich, Moscú denunció su tratado con Checoslovaquia. El *rapprochement* entre la URSS y las democracias se realizó, pues, con desconfianza mutua y de mala gana, como esperando un milagro redentor que les eximiera del esfuerzo humano. Tales fueron «los elementos de la tragedia»; «el resto fue desenlace».

En marzo de 1939, mes de la crisis que condujo a la guerra, Stalin lanzó una tremenda andanada en el XVIII Congreso del PCUS: Rusia no estaba dispuesta a «sacar las castañas del fuego» a las democracias. Litvinov efectuó reiteradas indicaciones de que el tiempo se estaba agotando. Moscú propuso una conferencia con Gran Bretaña, Francia, Rumania, Turquía y Polonia, pero la última, fiel a su política de bloqueo de Rusia, rechazó.

Las negociaciones militares entre ingleses y franceses y los rusos habían dado comienzo. Los últimos estipularon que cualquier acuerdo debería garantizar todos los Estados situados entre el Báltico y el mar Negro. La mayoría de los afectados, Polonia incluida claro está, se opusieron. Fue la puntilla.

Litvinov fue sustituido por Molotov, que ya era presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo (jefe de Gobierno). Por primera vez desde 1918 un encargado de la política exterior era miembro del Politburó. El aviso fue nítido, pero el cambio que implicaba no era irremediable. Churchill era contundente: había que llegar como fuese a un acuerdo con los rusos. Lloyd George era más duro todavía: ya que la defensa de Polonia sólo podía ser efectiva con ayuda soviética, los polacos, o aceptaban ésta o debían cargar con todas las responsabilidades.

Los jefes de las misiones militares francesa e inglesa llegaron por fin a la URSS. Lo habían hecho por vía marítima!, como si lo sobrara fuera tiempo. Luego descubrirían que no traían consigo plenos poderes. La celeridad con que los rusos daban respuesta a las propuestas británicas (que es como decir anglofrancesas) dice más que cualquier otro dato. Los ingleses lanzaron la primera sugerencia el 15 de abril, llegando las contrapropuestas soviéticas el 17; el siguiente movimiento británico tardó tres semanas; el ruso, cinco días. Y así prosiguieron los ritmos británico y soviético, respectivamente: 13 días y 5 días; 13 días y dentro de las veinticuatro horas;

5 días y dentro de las veinticuatro horas; 9 días y 2 días; 5 días y 1 día; 8 días y el mismo día; 6 días y el mismo día. La reacción rusa se ha hecho instantánea. Luego, virtualmente, todo cesa. Los alemanes han entrado decididamente en escena; hasta entonces sólo estaban en la tramoya. Como dice A. J. P. Taylor, «si las fechas significan algo, los británicos estaban dando largas a las cosas, los rusos estaban ansiosos por concluir».

Los ingleses no querían garantizar los países bálticos contra los alemanes, como pedían los rusos. De hecho, más querían mantener a los rusos fuera de dichos países y de Polonia, que asegurarse la ayuda soviética. Como subraya aquel historiador, Londres consentía a los polacos que tomaran decisiones sobre la paz y la guerra, pero no a los rusos. A los británicos, que conocían los agravios de Versalles a Alemania, no se les ocurría pensar lo propio respecto a la Unión Soviética y los humillantes y desastrosos tratados que se le impusieron en Brest-Litovsk y en Riga. En una palabra, como dice aquel historiador, Inglaterra no lucharía por los intereses rusos, pero los rusos debían luchar por los intereses de Inglaterra.

A todo eso, a mediados de agosto, tuvieron lugar verdaderas batallas en la frontera mongola, interviniendo por ambos lados divisiones enteras con tanques y aviación, causándose miles de muertos. Los japoneses escarmenaron. Pero si Stalin se comprometía con los occidentales se exponía a una guerra en dos frentes sin un apoyo sólido de las democracias por el oeste.

Llegaron las ofertas de Hitler. A esas alturas, «para Stalin valía más pájaro en mano que cien volando». Avanzando sus fronteras hacia el oeste, Rusia amortiguaba un futuro choque con Alemania y le permitiría ganar tiempo en sus preparativos.

El 23 de agosto el mundo se conmocionó con uno de los mayores golpes de teatro de la historia política: el III Reich y la URSS habían firmado un tratado de amistad y no agresión. Dos días después se firmaba un tratado formal de alianza entre Inglaterra y Polonia. La cosa iba en serio. No era de extrañar, pues, que el mismo día el Duce hiciera constar que no estaba preparado para aventuras mayores. Si la guerra mundial era evitable, sólo lo hubiera podido ser con una inteligencia entre Inglaterra y Rusia (Francia era un peón seguro). «No fueron las ofertas alemanas, sino la falta de ofertas de los ingleses lo que empujaron a Stalin a entenderse con Alemania». Visto así, el acuerdo germano-soviético fue una necesidad para Moscú, cuyo gran pecado consistió en no dejar manosearse por Inglaterra.



La víspera de su invasión, Polonia aceptaba negociar con Alemania. Mussolini, el arquitecto de Munich, intentaba montar otra conferencia de Munich. En vano. Las tropas nazis cruzaban las fronteras polacas al alba del 1 de septiembre de 1939. Dos días después, Francia e Inglaterra declaraban la guerra a Alemania. La declararon, pero no la hicieron. Las tesis rusas se confirmaban.

Vino la «*drôle de guerre*». Luego, tragedia y heroísmo. Más tarde, a URSS y USA, ausentes de la historia entre ambas guerras, *las* entraron en guerra.

El Eje fue aplastado.

Sucedió una *drôle de paix*: la historia de la *guerra fría*.

#### DE LA «DROLE DE GUERRE» A LA «DROLE DE PAIX»

«La marcha de Alemania está marcada de antemano. Es por el este que comenzará la liberación y su revancha» escribió el historiador Jacques Bainville en 1920.

El mismo día que empezó a cumplirse bélicamente la profecía, el Führer-Ego lanzaba su primer discurso de beligerancia: «HE intentado un último esfuerzo; HE elaborado; HE declarado; HE constatado; HE decidido...; conduciRE esta lucha contra quien sea...». Finalmente: «HE recobrado el traje que me es más querido, el más sagrado. No ME lo quitaRE hasta después de la victoria o bien no veré el fin» (Del proemio de Gregorio Fa-fencu, *Ultimos días de Europa*).

Hitler creyó que con sus intimidaciones satisfaría sus apetencias. Visto en ese sentido, no quiso la guerra. ¿Para qué, si todo lo conseguía pacíficamente? Más que un plan consistente se abrió paso entre las inconsistencias de sus adversarios, y explotándolas con maestría y sangre fría; sacó el máximo jugo de la mala conciencia de los vencedores de Versalles y de sus subsiguientes veleidades.

Cuando llegó la guerra, Hitler calculó que sería corta; cuando la vio prolongarse, no la creyó total. La infravaloró—o se supervaloró él—hasta incluso después de Stalingrado. Alemania producía más armamento dos meses

antes de su rendición incondicional que en plena invasión de Rusia en 1941, dos años después de haber comenzado la guerra.

En lo que el cabo austríaco fue original, y hasta genial, fue en la introducción de concepciones estratégicas y diplomáticas. «Desde el principio hasta el final, ingenio, no fuerza militar, fue el secreto del éxito de Hitler». «El quería los frutos de la victoria total sin una guerra total; y gracias a la estupidez de otros, casi lo consiguió» (A. J. P. Taylor).

En la Primera Guerra Mundial, Alemania consiguió ser derrotada por una coalición de grandes potencias y no por una constelación de pequeñas potencias. Ahora, a partir de 1936, Francia estaba enfeudada al Reino Unido, Italia estaba al otro lado, Japón actuaba desenfrenadamente contra los intereses occidentales y soviéticos, a Rusia se la mantenía marginada y Estados Unidos no quiso entrar en el juego.

En 1939, incluso en agosto, de haberse podido reconstituir la alianza anglo-rusa, la guerra se hubiese evitado o al menos Alemania se lo hubiera pensado dos veces antes de ponerse en marcha por Dantzig y su pasillo. Y si tal alianza la hubiese respaldado Norteamérica, Alemania se habría hecho a la idea de vivir sin lo uno y sin lo otro, afirma aquel historiador británico con toda lógica.

Cuando el choque se hizo irremediable, Bonnet, jefe de la diplomacia francesa, optó por hacerse el loco, queriendo ser consecuente con lo de Munich. Puesto que los rusos habían manifestado entonces que no entrarían en guerra contra Alemania de no conseguir de antemano contacto directo con ella, ahora, con la liquidación de Polonia, incluso lograrían una frontera común. Entonces podría resucitarse—o vivificarse—el tratado franco-soviético.

Polonia fue el primer botón de muestra de la *blitzkrieg*. Francia asistió al derrumbamiento cruzada de brazos. Sin embargo, la convención militar que meses antes había firmado el generalísimo Gamelin con los polacos comprometía a Francia a lanzar el grueso de sus fuerzas contra Alemania el 15º día después del primer día de la movilización francesa. El fracasado Gamelin nos cuenta en sus memorias—*Servir*, las titula—, con mariposeo ultraescolástico, que él habló de *les gros* (fuerzas movilizadas en la línea del frente) y no de *le gros* (el grueso del Ejército francés). Teniendo en cuenta el lento ritmo de despliegue de las escasísimas divisiones inglesas, la «*drôle de guerre*» se impuso.

Polonia pagó su heroísmo con 6,5 millones de muertos y calamidades sin cuenta; la falta de heroísmo de los checoslovacos les costó menos de 100.000. Y ambos países perderían su «alma».

Tras el ataque a Polonia, Roosevelt habló: «Cuando se rompe la paz en cualquier parte, la paz de todos los países de todas partes está en peligro». Estas palabras parecían eco de las de Litvinov de medio año antes: «La paz es indivisible». URSS y USA no entraron en guerra; *les entraron* dos años después. Y fueron ellas quienes decidieron sobre la «paz». Esta alianza contra natura la forjó Hitler. En la alianza capitalismo-comunismo, hablar de ideales es hablar por hablar.

En sus discursos, el Ego de Hitler sigue cultivándose, pero ya deja participar a la «Providencia». El 30 de enero de 1945 invoca con urgencia al «Todopoderoso». Nada menos que diez veces en un discurso, el último a la nación alemana: «El Todopoderoso ha creado nuestro pueblo; el Todopoderoso me ha protegido siempre; El me salvó el día del atentado y no me abandonará jamás...; cuando comparezcamos ante el Todopoderoso le pediremos su gracia y su bendición».

Adolf Hitler, el hombre que se había propuesto aniquilar el bolchevismo, lo instalaba en el corazón de Europa. Moscú, Teherán, Yalta, Potsdam, han amontonado mucha literatura, quizá demasiada. «La II G. M. se inscribe entre dos manifestaciones de esta diplomacia: Munich, que ha provocado la guerra, Yalta, que ha perdido la paz», escribe Roger Céré. La primera mitad de este aserto es aceptable y hasta correcto. Pero la segunda, prefiero interpretarla con el diplomático y soviólogo americano George F. Kennan: «El establecimiento del poder militar soviético en Europa oriental y la entrada de las fuerzas soviéticas en Manchuria no fue resultado de aquellas conversaciones; fue el resultado de las operaciones militares durante las fases finales de la guerra».

A Moscú, las dos democracias europeas le negaron concesiones en las conversaciones de 1939; luego tuvieron que reconocérsele las obtenidas en el Tratado germano-soviético. Y añadirles algunas más. El viejo mundo cavó su sepultura en Munich; el nuevo lo edificaron dos potencias que no estuvieron allí.

Alemania ha surgido y se plantea como *el* problema del mundo, Rusia se ha instalado en una parte de ella. El problema que se plantea al campo socialista europeo, con todas sus pugnas y nacionalismos y colisiones ideo-

TOMÁS MESTRE

lógicas, es que todos sus miembros requieren del amparo ruso para protegerse del nacionalismo germano. «Oder-Neisse y Sudetes dicen más que otra cosa».

Pero eso es ya otra historia. Es la historia de la «guerra fría». O posiblemente la continuación de una guerra ambigua que comenzó el 1917 y que vio un paréntesis de «détente» en 1941-45.

TOMÁS MESTRE.